

No sé qué de peligros y de arrojos,
Del susto del caballo y del viaje:
Todo entre mil sonrisas y sonrojos,
Con abandono tal y tal gracejo,
Que se quedaba absorto don Alejo.

Esta manera de decir su amor
Parecerá trivial, pero no importa:
Yo digo como César: la mejor
Es la menos pensada y la más corta:
Ni es posible otra cosa en el ardor
De una declaración que el alma aborta
En vértigo febril, que en su agonía
El corazón al corazón envía.

Por lo demás, es esta mi manera,
Y acaso dos ó tres de mis lectoras
Podrían recordarla si no fuera
Porque piensan en otras á estas horas.
El éxito (compruébelo el que quiera)
Excede al de las frases más sonoras,
Que anticipado el ánimo prepara:
Díganlo don Alejo y doña Clara.

Dulce, como resbala de la fuente
El cristal entre márgenes de flores,
El tiempo resbalaba su corriente
Sobre nuestros ternísimos actores.
No quiero ya decir que enteramente
Tuviesen ajustados sus amores:
¿Dónde está la mujer tan sin orgullo,
Que dé los brazos al primer arrullo?

En confuso rumor los caballeros
Andaban ya buscando por las sillas
Látigos, abanicos y sombreros,
Y las damas prendiendo sus mantillas,
Y los criados llamando á los cocheros,
Y don Cornelio dando zancadillas

Por hacer reverencias sempiternas
Con la espada enredada entre las piernas.

Las señoras en pie para marcharse,
Con abrazos sin fin se despedían
Todas hablando juntas, sin curarse
De lo que mutuamente se decían.
Grato rumor que puede compararse
Al que presumo yo que formarían,
Por sonoras, por fuertes y por largas
De Waterloo las últimas descargas.

Mas, en fin, una á una iban saliendo
Llevando cada cual su cucurucho
De los mejores dulces, y comiendo,
Y sobre todo, platicando mucho.
Los caballeros ibanles siguiendo
Como sigue á la garza el aguilucho;
Y en los jacos montaban los lacayos
Que partían veloces como rayos.

Fuerza fué, pues, á nuestros dos amantes
Dejar sus dulces diálogos pendientes,
Resueltos á seguirlos cuanto antes
Y diciendo ternezas entre dientes.
Por equivocación trocaron guantes
(Acaso no serían diferentes),
Y al protector estruendo de los coches,
Se dieron las postreras buenas noches.

¡Á dormir! ¡á dormir! que estoy cansado
Le dijo á doña Clara su marido
Cuando quedaron solos:—¿Qué hora ha dado?
—Las nueve.—¡Con razón! Tremenda ha sido
La jornada..... y el gasto..... demasiado,
Y mañana el almuerzo..... ¡estoy lucido!
¿No vienes á acostarte? ¿Qué horas son
Por el reloj?—Las nueve.—¡Con razón!

Diez minutos después Cabral dormía,
Y, al lado suyo, su mujer velaba;
Así dió fin la fiesta de aquel día,
Que tanto en la ciudad se celebraba;
El día veintidós se repetía
La misma operación, y se almorzaba
En casa del alférez, y acabado,
Volvía todo á su normal estado.

Cabral dormía, digo, sin cautela,
Á pierna suelta, de su esposa al lado:
Á su lado la esposa estaba en vela,
Y en la calle el amante desvelado,
Cantaba al blando son de su vihuela
Una canción en tono bemolado
De *do* menor: con el compás consueto
De seis por ocho, en aire de larghetto.

«Duerme ¡oh bella! en paz y en calma
Sobre tu dorado lecho,
Sin pesares en el alma
Ni temores en el pecho.
Duerme tú, mientras yo canto
Lánguida trova,
Sin que te turbe en tu alcoba
Mi quebranto.

»Sueña mágicos jardines
Con fuentes, grutas y flores:
Sueña espléndidos festines
Con danzas y con amores.
Sueña tú, mientras yo velo,
¡Ídolo mío!
Y al aire el acento envío
De mi duelo.

»Duerme, hermosa, y en el sueño
Séate blando el ambiente.
Esté tu rostro risueño

Y placentera tu frente:
Ríe tú mientras yo muero
Ríete; ¡oh cara!
Por tu sonrisa trocara
El mundo entero.»

Esta canción cantaba don Alexo,
(Don Alejo con X se firmaba,
Pero no con acento circunflejo)
Y doña Clara en vela le escuchaba:
«Duerme tú, duerme tú, mientras me quejo»;
Esta canción, repito que cantaba:
«Duerme tú; duerme tú, mi dulce dueño.»
¡Bonito modo de llamar el sueño!

Velaba doña Clara, y su marido
Á cada copla del cantor nocturno
Con un trinado y áspero ronquido
Al compás respondíale por turno,
Ó profería frases sin sentido
Entre sueños mohíno y taciturno,
Como «Clara..... no saltes..... ¡ay!..... detente.....
Soy de cristal..... me rompes..... ¡cuánta gente!.....»

Así sueña el gobierno con la bula,
El obispo y el fuero: mientras tanto
Que canta el enemigo en Tapachula
Y en los Altos resuena el ronco canto,
¡Oh patria! ¡cara patria! Disimula
Si tus llagas no baño con mi llanto;
Mas ya mis ojos cóncavos y huecos
Á fuerza de llorar quedaron secos.

Yo quisiera saber en qué consiste
Que en el curso de un día está mi mente
Unas veces alegre y otras triste;
Como mujer fantástica y demente,
Que de luto y de púrpura se viste
Mudando de color continuamente.

No llego á conocer mi fantasía,
Y las ajenas..... menos que la mía.

Propongo este dilema: ¿es un entero
Nuestra imaginación? ¿Es un quebrado,
(Entiéndame quien pueda) ó es un cero?
Cero no puede ser por decontado:
Ni se vaya á pensar que me refiero
A la tesorería del Estado
Cuando de ceros hablo: ni se crea
Que aludo á lo que hizo la Asamblea.

Prosigamos.—Aquella serenata
Significaba «ven á la ventana»,
Y aunque no aquella noche, en la inmediata
La súplica del bardo no fué vana:
Envuelta doña Clara en una bata,
Hasta más de las dos de la mañana,
En gran coloquio estuvo con su amigo,
Al través de una reja y un postigo.

Y no obstante el estar enamorada
Hizo la resistencia más lucida,
Cual valerosa guarnición sitiada,
Antes de dar la plaza por vencida:
El «no puedo, el «no debo», el «soy casada»,
Á su tiempo vinieron: en seguida
Un silencio obstinado, un aire inquieto;
Por último el encargo del secreto.

Guardar secreto es condición forzosa
Que impone la mujer con el objeto
De mostrar que si cede es pesarosa:
«Te quiero, pero guárdame el secreto.»
Y el hombre, por jurar alguna cosa,
Le jura con mil cruces ser discreto:
¡Ambos juran callar! y á sus amigos
Del juramento ponen por testigos.

Habláronse en la reja muchas veces
El amante y la dama sin recelo,
En tanto que soñaba Pelanueces
Que se venía del caballo al suelo.
Oculto don Alejo en los dobleces
De la capa, calado su chapelo
Y bajo el brazo la ancha toledana,
Como un Cid asediaba la ventana.

Ya podéis suponer que pocos días
Pasaron sin que todas las vecinas
Comenzasen á armar habladurías
Acerca de estas citas clandestinas.
El que dice vecinas dice espías:
Lleve el diablo sus lenguas viperinas!
Odiosa, inútil y maldita raza
Que sólo sirve de espantar la caza.

Al soplo de la brisa más ligera
La llama débil ríndese y se apaga,
Mientras que al huracán la inmensa hoguera
Arde con más violencia y se propaga.
Muere un débil amor de igual manera
Al primer contratiempo que le amaga;
Mas á la par que el contratiempo crece,
El amor verdadero se enardece.

Así Clara y Alejo (los tuteo
Harto de tanto *don* y tanto *doña*)
No cedieron al necio cacareo
Que levantó la *vecinal* ponzoña.
Antes bien se encendieron en deseo
De quitarse á la vez aquella roña
Y de poderse ver con más franquicia
Siempre que fuese la ocasión propicia.

Cerca de la ciudad y al mediodía
Hay una fertilísima campaña
Que en su tortuosa y rauda travesía

El Guacalate con sus aguas baña,
En ella don Cornelio poseía
Una soberbia plantación de caña,
Cual consta del viejísimo expediente
De un litis que en la corte está pendiente.

Entiéndase la Corte de justicia,
Supremo tribunal por excelencia
In quo dolus non est: Corte propicia
Al jus, al suum cuique, á la inocencia:
Tribunal que no quema ni ajusticia,
Por no firmar con sangre una sentencia:
Tribunal el más claro; porque, en fin,
No se habla allí ni griego ni latín.

Y no por ignorancia: desde luego
En Guatemala hay más de un abogado
Que sepa traducir latín y griego
Y español, á pesar de ser letrado.
Bien que en estas materias soy un lego
Y acaso en lo que digo voy errado;
Siendo así, de lo dicho me desdigo
Y mi sencilla narración prosigo.

Peleznez con frecuencia á su plantío
Iba á ver el progreso de un trabajo
Cuyo objeto era hacer subir el río
Que del cañaveral corría abajo.
Á fin de establecer el regadío
Hizo de arena un dique y de cascajo.....
Pues aquí hasta las ciencias las estancan
Porque suban, y el paso les atrancan.

Ello es que á pocas noches doña Clara
Hallándose en la hacienda su marido,
Á solas en su alcoba y cara á cara
Tuvo ocasión de hablar con su querido.
Con aldaba tenían la mampara
Y cubierto el velón, aunque encendido,

Iluminando apenas el estrado
En que los dos se hallaban lado á lado.

El reclinado sobre el hombro de ella
Posaba el brazo en su redondo cuello,
Y ella, lánguida y tierna al par que bella,
Blandamente rizábale el cabello.
Era cada mirada una centella
Alternando en recíproco destello,
De esas miradas húmedas y ardientes
Que el corazón inundan á torrentes.

De esas miradas con que el alma quiere
En otra alma verterse y sepultarse,
Último acento de la voz que muere
Sintiendo el imposible de explicarse:
Dulce lenguaje que el amor prefiere
Al más dulce que puede imaginarse,
Que el amante locuaz al encontrarlo
Deja al punto de hablar por imitarlo.

Y nuestros dos actores no contentos
Con lanzarse miradas peregrinas,
Se decían primores y portentos,
Aunque entrambos sus voces con sordinas
Sonaban menos ya que sus alientos,
Que parecían fraguas damasquinas;
Y hacían repetidos calderones
En suspiros envueltas las razones.

Suspiros que el amante acompañaba
De un silbido levisimo y ligero
Que la falta del diente ocasionaba,
Semejante al trinado del jilguero.
Apenas otra voz se pronunciaba
Que «vete»—«no me quieres»—«sí te quiero»,
«Nadie nos oye»—«cállate»—y el resto
Que bien sabéis vosotras por supuesto.

Mas ¡ay! que entre el silencio interrumpido
Por el trino larguísimo de un beso,
Entre el hondo y patético gemido
Del labio ardiente entre los labios preso,
La sorda voz y hueca del marido
Dejóse oír llamando en el ingreso,
Como la voz en la tragedia suena
De un espectro feral que entra en la escena.

¿Qué hacer? ¿Por dónde huir? ¿Por qué camino
Evitar el encuentro del tirano?
¿Cómo parar el golpe del destino?
Cualquier arbitrio les parece vano.
La dama por instinto femenino
Mostró al galán la cama con la mano,
Mas no para brindar la mitad de ella;
¡Ay, que no era tan próspera su estrella!

Mientras fué doña Clara á abrir la puerta,
Don Alejo más presto que una llama,
Alzando el rodapié de la cubierta,
A gatas se metió bajo la cama.
Quiero dejarle allí que se divierta
Oyendo los coloquios de madama
Con su marido, sin perder vocablo:
¡Imaginad qué posición del diablo!

¡YO PIENSO EN TI!

Yo pienso en ti, tú vives en mi mente:
Sola, fija, sin tregua, á toda hora;
Aunque tal vez el rostro indiferente
No deje reflejar sobre mi frente
La llama que en silencio me devora.
En mi lóbrega y yerta fantasía
Brilla tu imagen apacible y pura,

Como el rayo de luz que el sol envía
Al través de una bóveda sombría
Al roto mármol de una sepultura.
Callado, inerte, en estupor profundo,
Mi corazón se embarga y se enajena,
Y allá en su centro vibra moribundo
Cuando entre el vano estrépito del mundo
La melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afán y sin lamento,
Sin agitarme en ciego frenesí,
Sin proferir un solo, un leve acento,
Las largas horas de la noche cuento
¡Y pienso en tí!